

El PP y la Restauración canovista

ENRIC SOPENA

EL PAÍS - 24-04-2007

El PP acostumbra a negar sus orígenes. Rechaza que se le presente como el partido heredero del franquismo sociológico. Cuando Manuel Fraga Iribarne, relevante ex ministro de la dictadura, fue el jefe supremo de la entonces Alianza Popular -partido que fundó personalmente con la valiosa ayuda de otros ex altos cargos del Antiguo Régimen-, el debate sobre el delicado asunto de las raíces *populares* ya se procuraba desviar hacia el más presentable periodo de la Restauración. No en vano a Fraga le gustaba compararse con Antonio Cánovas del Castillo, hasta el extremo de que promovió la Fundación que lleva su nombre, aunque en la actualidad la FAES de José María Aznar la haya volatizado de hecho.

En 1997 se conmemoró el centenario de la muerte de Cánovas. La Fundación acordó editar la obra escrita del *padre* de la Restauración, tarea que culminó en 1999. El prólogo lo escribió Aznar, a la sazón presidente del Gobierno. La presentación corrió a cargo de Carlos Robles Piquer, que era el presidente de la Fundación, y el epílogo lo redactó Fraga, fundador y presidente de honor de esa institución. Se reactivó, además, en esa época la paulatina apropiación de la Constitución de Cádiz por el PP y sus plataformas mediáticas, cual si el coronel Riego que había jurado esa Constitución y la había proclamado, sublevándose contra Fernando VII -lo que lo condujo al cadalso, el 7 de noviembre de 1823-, hubiera sido tatarabuelo de Vicente Martínez Pujalte o de Ángel Acebes.

Pero lo cierto es que el PP ha hecho, y sigue haciendo, todo cuanto está en su mano para presentarse como el auténtico depositario de la tradición liberal española. Bajo el paraguas de la Restauración, las discrepancias de fondo entre conservadores y liberales fueron escasas más allá de los bullicios coyunturales. Uno de los sucesores del liberal Práxedes Mateo Sagasta fue Álvaro de Figueroa y Torres (1863-1950), más conocido como conde de Romanones. Su "concepto de la sociedad" -sostiene el profesor Javier Moreno Luzón en su libro *Romanones. Caciquismo y política liberal*, "no se diferenciaba grandemente del conservador". El llamado Pacto del Pardo -¿denominación premonitoria?-,

acordado en 1881 por Cánovas y por Sagasta, oficializó el sistema de los fraudes electorales o pucherazos para controlar y regular la alternancia entre ambos partidos. Los grandes intereses económicos, los electorales y aun los personales estaban a buen resguardo gracias al omnímodo poder caciquil.

Romanones -líder de los liberales después de Sagasta y del bien intencionado José Canalejas- defendía teorías como ésta: "Lo que la democracia quiere es que todos los hombres (...) tengan un voto y los mismos derechos (...); pero lo que no puede querer nunca la democracia es que lo que es fundamento de la vida social se trastorne; porque aunque eso quisiera la democracia, sería lo mismo que si no lo quisiera, porque eso es querer lo imposible. Por eso, aunque se reconozca el voto libre e igual a todos los hombres, hay algo superior a las leyes que hace que el voto nunca sea libre e igual para todos, y que de esa desigualdad resulte la igualdad cualitativa".

Democracia, sí, pero fundamentalmente de matriz *lampedusiana*: es preciso que todo cambie para que todo siga igual. Personajes sin escrúpulos como Francisco Romero Robledo, que militó en los dos grandes partidos y en varias facciones o escisiones de los mismos, procuraban que la máquina de fabricar pucherazos actuara con eficacia. Poco antes de morir, el admirado colega Luis Carandell resumía, el 7 de junio de 2002 en una conferencia-coloquio en el Café Gijón de Madrid, los fraudes electorales de la Restauración con la siguiente anécdota. Preguntado el poeta Ramón de Campoamor, recién elegido diputado, por qué circunscripción había ganado el acta, contestó: "Yo, por Romero Robledo".

¿Herederos el PP de Franco? ¿Herederos de la Restauración? No son orígenes incompatibles, sino más bien lo contrario. Tras casos tan escandalosos como el *tamayazo*, que acabó aupando a Esperanza Aguirre a la presidencia del Gobierno autonómico de Madrid, y del que apenas nada se sabe, aunque las sospechas sean evidentes -mientras la justicia sigue mirando hacia otra parte- asistimos estos días al estremecedor espectáculo de un sinfín de irregularidades de carácter electoral, centradas en los votos por correo y en la manipulación del censo. Hasta el momento, casi todos los intentos de regresar por el túnel del

tiempo hasta la Restauración aparecen protagonizados por el PP. Ingentes cantidades de dinero están en juego, porque numerosos planes de urbanismo salvaje podrían frustrarse en no pocos municipios. No se trata de episodios aislados y de carácter menor. Nos encontramos, según todos los indicios, ante una trama organizada con el fin de alterar fraudulentamente la voluntad ciudadana en las urnas.

Instaurada la II República, añade Moreno Luzón, "los comités republicano-socialistas propagaron manifiestos contra el caciquismo: "Venimos a todo trance y cueste lo que cueste, a defender la República, que significa gobernarse el pueblo por el pueblo, desterrando y ahogando al cacique". ¿Ha vuelto ahora la derecha española a las viejas andadas? Las elecciones municipales y, en parte, autonómicas están a la vuelta de la esquina. Cuidado porque algunos quieren romper de nuevo las reglas del juego. Y es la soberanía popular -la que permite el gobierno del pueblo por el pueblo- la que peligra.